



Fotografía: Juan Fernando Escobar.

Naturaleza del vínculo; el vínculo con la naturaleza*

Carmen Villoro

Poeta y psicoanalista | México
carmenvilloro@yahoo.com.mx

La mirada asombrada
Un escritor es alguien
Que de unos muebles
Hace un árbol.
Anne Sexton

El arte en general, y la poesía en particular, son una forma de mirar. Algo, un atardecer, por ejemplo, nos asombra. El asombro ante la maravilla de la existencia provoca en el ser humano dos reacciones diferentes: una es el deseo de conocer ese fenómeno, de explicarlo. Este deseo se traduce en el espíritu científico; la otra reacción es el deseo de expresar la emoción que provoca ese fenómeno, la necesidad de recrearlo y de nombrarlo, lo que lleva a la creación artística y al balbuceo poético, a la pintura, a la música, a la danza. Octavio Paz, en su libro *El arco y la lira*, habla de la poesía más allá del oficio con las palabras,

que también es, de La Poesía como fenómeno que incluye a todas las artes y no sólo a las artes, sino a una actitud ante el mundo. La concepción de Paz de “lo poético” es amplia y rebasa el poema. Nos dice:

...no todo poema —o para ser exactos: no toda obra construida bajo las leyes del metro— contiene poesía... Un soneto no es un poema, sino una forma literaria, excepto cuando ese mecanismo retórico —estrofas, metros y rimas— ha sido tocado por la poesía... Por otra parte, hay poesía sin poemas; paisajes, personas y hechos suelen ser poéticos: son

poesía sin ser poemas... Una tela, una escultura, una danza son, a su manera, poemas. [Por obra de la poesía] la piedra de la estatua, el rojo del cuadro, la palabra del poema, no son pura y simplemente piedra, color, palabra: encarnan algo que los trasciende y traspasa. Sin perder sus valores primarios, su peso original, son también como puentes que nos llevan a otra orilla, puertas que se abren a otro mundo de significados indecibles por el mero lenguaje.

Otro mundo, paralelo al ordinario, oculto a la primera percepción de los sentidos, acompaña nuestras vidas, da sentido a las acciones, permanece como la sombra, casi siempre inaprehensible, de nuestros más íntimos anhelos. Lo que el poeta quiere aprehender no es el objeto sino algo que está más allá del objeto. No observa el mundo, sino el halo inefable que lo cubre, el secreto que lo acompaña, el misterio que lo hace aparecer ante los ojos como una entidad armoniosa. El poeta no se mueve en el plano real de los sucesos y las cosas, sino en el significante, simbólico, silencioso. Mira el mundo y tiene una revelación, a través de la palabra devela entonces el otro nombre de las cosas: lo que se llamaba sol se llama grito (Paz), la mujer se convierte en planta o piedra o vino (Neruda), el agua es un desplome de ángeles caídos (Gorostiza), el mundo es mucho más, en fin, que el mundo.



Fotografía: Noemí Reyes.

Hay en el ser humano una necesidad de búsqueda de “lo sagrado”. Pero “lo sagrado” en este caso, no es un concepto religioso aunque proviene del lenguaje religioso, sino místico: es el asombro ante la grandeza de lo más pequeño. “Lo sagrado” es aquello que el niño descubre en cada cosa que mira, lo extraño y maravilloso o terrible que de pronto nos parece aquello que hemos visto innumerables veces. Octavio Paz dice al respecto: “La experiencia de lo sagrado no es tanto la revelación de un objeto exterior a nosotros —dios, demonio, presencia ajena— como un abrir nuestro corazón o nuestras entrañas para que brote ese ‘Otro’ escondido”. La búsqueda de lo sagrado es una necesidad en el hombre, pero la vida actual, encaminada a la eficiencia, lo aleja de la posibilidad de satisfacerla. La poesía lo acerca. Cito nuevamente a Octavio Paz:

En el flujo y reflujo de nuestras pasiones y quehaceres (escindidos siempre, siempre yo y mi doble y el doble de mi otro yo), hay un momento en que todo pacta. Los contrarios no desaparecen, pero se funden por un instante. Es algo así como una suspensión del ánimo: el tiempo no pesa. Los Upanishad enseñan que esta reconciliación es “ananda” o deleite con lo Uno. Ciertamente, pocos son capaces de alcanzar tal estado. Pero todos, alguna vez, así haya sido por una fracción de segundo, hemos vislumbrado algo semejante. No es necesario ser un místico para rozar esta certidumbre. Todos hemos sido niños. Todos hemos amado... Y del mismo modo que, a través de un cuerpo amado entrevemos una vida más plena, más vida que la vida, a través del poema vislumbramos el rayo fijo de la poesía. Ese instante contiene todos los instantes. Sin dejar de fluir, el tiempo se detiene, colmado de sí.

La poesía logra acercarnos a lo sagrado, que también podríamos llamar “lo sublime”, por medio de rupturas lingüísticas. El poeta violenta la palabra: el lenguaje discursivo no sirve para nombrar lo inefable, ni siquiera se le acerca; el poeta altera la sintaxis, elabora neologismos, descontextualiza los fonemas

y sólo de esta manera nos transmite su experiencia gloriosa. Cito nuevamente a Paz:

...la experiencia poética es la revelación de nuestra condición original. Y esa revelación se resuelve siempre en una creación: la de nosotros mismos... La poesía nos hace vislumbrar aquello que llamaba Nietzsche "la vivacidad incomparable de la vida". La experiencia poética es un abrir las fuentes del ser. La revelación es creación... El acto mediante el cual el hombre se funde y revela a sí mismo es la poesía.

De pronto, en medio del caos, recuperamos el orden. Por un instante somos conscientes de nuestro desamparo y de nuestra grandeza, vivimos el instante y en ese instante la eternidad. Gabriel Zaid dice a propósito de la poesía:

...hay un salto oscuro hacia la claridad. Las cosas nos oprimen, nos rechazan, no se dejan ver, no nos permiten ser. Moviendo cosas, moviéndonos nosotros mismos, o porque el viento llega y junta felizmente una cosa con otra, la claridad se hace como una chispa que salta entre dos cosas y puede llamarse llama y crecer y hacer habitable la tierra.

Pero, cuando decimos que el arte, la poesía, son una forma de mirar, ¿en dónde dejamos la participación de los otros sentidos? Carlos Pellicer, uno de nuestros grandes poetas mexicanos dice: "Alabad vuestros sentidos, confesad vuestra estupidez, oíd, mirad, sentid". Su frase es una invitación a acallar las ideas y a poner nuestra atención en lo sensorial. Cuando hablo de "forma de mirar", quiero referirme a una integración de los sentidos, quizá, sí, bajo la égida del sentido de la vista, que es el más desarrollado en nuestra cultura occidental, pero no exclusivamente al uso de este sentido. Me refiero a la actitud contemplativa de aquél que se deja "tocar" por lo Otro. Aunque quizá debiera comenzar a concebirlo como una "forma de estar" con lo Otro.

Hemos dicho que las personas tenemos una necesidad de "lo sagrado", pero, ¿es que todas las personas lo saben, lo ejercitan, lo sienten? ¿Qué papel

juega la educación en este reconocimiento de lo grandioso y maravilloso del mundo en que vivimos? La carrera tecnológica, las necesidades del mercado, el valor del dinero nos han sumergido en un laberinto de acciones insensibles. Pasamos por alto lo importante, lo significativo, lo trascendente y nos ocupamos de lo superfluo, lo que nos brinda una satisfacción inmediata, aquello que nos permite descargar las tensiones. Se hace necesaria la educación de la sensibilidad. Las instituciones educativas deberían asumir el compromiso de incorporar las actividades artísticas a sus programas de formación, y con ello contribuir a fortalecer esa mirada sensible y esa actitud de comunión con lo natural. Que no sea nada más metáfora aquello de que la poesía haga más habitable el mundo.

El respeto a lo Otro es el reconocimiento de su igualdad y de su diferencia. Igual en valor, diferente en atributos. Poderse asombrar con lo distinto es renunciar a un vínculo de poder y de dominio. Sólo así es posible detener la destructividad del hombre.

¿De qué recursos se vale el arte para revelar, para nombrar el asombro? De las herramientas de las que cada una de sus disciplinas dispone.

[...]

La poesía transmite la experiencia subjetiva del hombre ante el mundo, su intimidad recóndita, su muy particular manera de estar vivo. Pero si es subjetiva, recóndita y particular, ¿cómo es que la transmite?, ¿cómo logra hacer que las palabras sean puentes entre su visceral cosmografía y el territorio igualmente insondable del lector?

Todos hemos tenido la sensación de que no existen palabras para transmitir aquello que nos conmueve profundamente. Lo que nos colma o nos impacta, lo que nos rebasa y estremece, nos deja mudos. Cuando conocemos por primera vez a nuestro hijo nos quedamos un momento en silencio, o tal vez mascullamos cualquier balbuceo, estallamos en risa o en llanto pero no atinamos a nombrar el asombro; cuando nos sentimos invadidos por el amor erótico sólo podemos tocar, mirar y tocar, difícilmente hablar; cuando alguien muere también guardamos silencio, nos parece absurdo expresar un pésame: "lo



Fotografía: Sayri Karp.

siento mucho”, decimos, y no decimos nada, nuestro lenguaje es hueco y retórico, no puede acompañar; nos resulta mucho más elocuente un abrazo o un apretón de manos.

Entonces, si el silencio es la evidencia de lo incommunicable de la experiencia afectiva, ¿de qué medios se vale el escritor para aprehenderla?, ¿deberá dejar las páginas vacías, sabedor de su tarea inútil?

Pero el poeta insiste, le declara la guerra al lenguaje, se enfrenta a él como el torero a la bestia enfurecida, lo provoca y engaña con su capote de sangre, le hunde la estocada, lo hace hablar.

Si el lenguaje discursivo es incapaz de traducir la experiencia subjetiva, el poeta ha de acudir a las fuentes analógicas del mismo y ha de transgredir las reglas de la sintaxis. Romper, mezclar, jugar, fracturar el discurso y sólo así hacerlo más vivo, nuevo, por fin vehículo del afecto.

El escritor puede utilizar sus sentimientos para describir a la naturaleza. Esto es un movimiento hacia fuera, en alabanza al paisaje. También puede

utilizar al paisaje como metáfora de su mundo interno y usarlo para describirse a sí mismo, en un movimiento de afuera hacia adentro.

[...]

El escritor no escribe sobre la tristeza sino desde la tristeza; no escribe sobre la alegría sino desde ese sentimiento de plenitud que lo embriaga.

Un poema inauténtico es un poema “como sí”. Podemos recitarle a los héroes o a la patria, repetir sus versos como un ejercicio mnemotécnico, como en esos concursos de oratoria en las primarias, pero nuestra alma permanece intacta. El poema auténtico merece una lectura reposada, una escucha íntima y serena, un contacto de un mundo interno a otro mundo interno.

El arte revela lo que nos asombra y eso conmueve a su creador y conmueve a quien lo mira. Se trata de una transmisión de la experiencia emocional. El arte en general, y la literatura en particular, provienen de algo generado por lo Otro, y a su vez son un vehículo para ampliar esa mirada.

La naturaleza del vínculo

El vínculo de la persona con la naturaleza puede ser de dominio, de desprecio, de respeto, de amor, de destrucción, de diferente índole según el paradigma con el que se explique el mundo. Se puede sentir ajeno a ella, dueño de ella, parte de ella, y dependiendo del lugar en el que se sitúe es que la va a tratar, sirviéndose de ella o favoreciendo su protección. El hombre occidental moderno es heredero de una escisión fundamental con la naturaleza (producto del cristianismo que profesa la fe en un Dios que se eleva por encima del cosmos) y de la tecnología que le da un sentimiento de poder y de dominio. Dice Luis Villoro en su ensayo *Soledad y comunión* (2008):

Con el mundo moderno nace una nueva concepción de las relaciones entre el hombre y la naturaleza. Desaparece definitivamente la imagen orgánica del mundo para dar origen a una imagen mecanicista. El universo se revela a los ojos de la física nueva como un conjunto de fenómenos perfectamente determinados según leyes precisas. Las esferas siderales reguladas como piezas de un reloj gigantesco, el animal-máquina de Descartes, el ideal de una Mathesis universal que determinará exactamente todo fenómeno, son manifestaciones de este nuevo espíritu... Poseso de un nuevo ideal de saber, el saber de dominio, el hombre moderno empieza a soñar con poseer la naturaleza, esclavizándola a su antojo. Todo movimiento de simpatía, de comunicación afectiva con el mundo, se considera pueril ilusión o burdo antropomorfismo. El enlace espontáneo del hombre con la naturaleza parece haberse roto en su fundamento. La naturaleza nada nos dice ya por sí sola; únicamente tendrá valor si puede responder a nuestras previas hipótesis científicas. Su sentido se agota a ser determinado por nuestras leyes universalizadoras; lo que a ellas escape, nada nos interesa. Sólo hablará la naturaleza si adopta nuestro propio lenguaje; no podrá ser ya el supremo índice que nos señala el camino hacia Dios. Queda definitivamente rebajada a un simple objeto de dominio, ya no sólo espiritual, como en el cristianismo medieval, sino incluso material,

gracias a lo naciente técnico. Ahí está el mundo natural, inerte, pasivo; es una ciudad abierta al saqueo, una masa informe que espera del hombre el don de la inteligibilidad.

El hombre postmoderno occidental, frente al vacío y la soledad a los que lo orilló esa actitud de dominio, criatura huérfana en medio de un paisaje desolado, promueve la recuperación del vínculo de respeto a la naturaleza olvidado a la vera del camino civilizatorio a través de la incorporación de valores, creencias y pautas de comportamiento de culturas orientales, sin embargo, su intento suele ser, en ocasiones, desesperado y ambicioso, y en su impaciencia produce cambios superficiales, rasgos de personalidades "como si", revestimientos externos de una filosofía que debiera provenir de aguas más profundas. El mundo de la "buena vibra" se instala en nuestra vida racionalista burguesa como una extravagancia complaciente que nos sostiene en el abismo. Otras veces el intento de reparación tiene bases más sólidas y convida a un replanteamiento espiritual y a una redefinición del vínculo con el otro, con la comunidad, con la sociedad, con la naturaleza.

Producto somos, sí, de una cultura, de una historia, de una generación; la naturaleza del vínculo que establecemos con el mundo natural depende de ello, y también depende de factores ontológicos y subjetivos. La educación juega un papel fundamental en la construcción del paradigma relacional con la naturaleza. La educación que comienza aún antes del nacimiento del sujeto, adjetivando el deseo de los padres.

La relación objetal cuya primera experiencia es el vínculo temprano con la madre marcará el sino, el derrotero y las vicisitudes de la función de vincularse y proveerá o no al individuo de la capacidad de crear y reproducir experiencia emocional. La relación de respeto y amor a la naturaleza implica, sí, una ideación en donde el mundo natural se erige como una figura de admiración y valor, y también, la experiencia afectiva del otro, con el otro, por el otro. Así la sociedad brinda las representaciones mentales, el lenguaje propicio, los conceptos, las ideas, los

contenidos para la construcción del paradigma, mientras que la familia y la escuela generan los recursos afectivos. La educación, en este sentido, no es entendida solamente como acto de enseñanza o recuperación de información sino como transmisión de experiencia emocional que corre por afluentes imprecisos y se expresa como identidad. Amar al otro, amar lo otro no es cosa fácil, como tampoco lo es amarse a sí mismo. Es más fácil destruir, usar, desecharse. La madre que ama a su hijo lo transmite a través de sus cuidados: la alimentación, la limpieza del cuerpo, el brindar calor y cobijo, en donde el tacto y el movimiento tienen una importancia capital; la voz de la madre es un “baño sonoro” (D.A.) que cubre el pequeño cuerpo como una capa de materia suave y protectora y que es respondida con el balbuceo del hijo; y la mirada de ella expresa su devoción, condición para que advenga el amor propio.

Desde la naturaleza de ese primer vínculo es que se forja la manera de relacionarse del sujeto con lo otro y consigo mismo, de ahí viene su capacidad de amar y respetar, de conservar la vida con generosidad y con cuidado. Pero en lo sucesivo, la educación de la sensibilidad ayuda mucho. Dice Arturo Verduzco Godoy en la presentación del bello libro *El corazón de la madera y el viento*, compilado por los poetas Laura Solórzano y Raúl Bañuelos:

Si asumimos que la poesía es revelación, conocimiento, entonces es aspiración que ésta adquiera un lugar relevante en las instituciones de educación superior, y sean su difusión, creación y estudio hábitos de las comunidades académicas, científicas; lo poético es expresión conectada a los distintos saberes disciplinares, y es aspiración de formación integral, de la educación para toda la vida, “el saber estar”, “el saber ser”, como competencias del cotidiano universitario.

El comienzo

[En este texto] Compartí algunas ideas sobre la experiencia poética y su íntima relación de ida y

vuelta con la naturaleza. Incluí en mis reflexiones algunos conceptos de mi profesión psicoanalítica y de mi práctica como terapeuta. La naturaleza, en cualquiera de sus manifestaciones, nos enseña una lección: todo punto de llegada es un punto de partida, la figura que inspira el crecimiento es la espiral. Estas inacabadas reflexiones me impulsan a pensar, a crear y a continuar preguntando. Me coloqué como poeta ante un tema que me rebasa y me deja sin respuestas. Deseo que mi experiencia como persona y mi manera de nombrarla sea transmitida a otros. A través de las imágenes y las metáforas que utilizo, con mi ritmo y mi temple de ánimo, con la elección de los vocablos que uso deseo comunicar un respeto profundo por el mundo en que vivo, y un ingenuo y tímido murmullo del milagro de estar viva.

Lecturas sugeridas

BAÑUELOS, R. Y L. SOLÓRZANO (2010), *El corazón de la madera y el viento*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, Colección de poemas: árboles del mundo.

PAZ, OCTAVIO (2008), *El arco y la lira*, México, Fondo de Cultura Económica.

VILLORO, LUIS (1949), “Soledad y comunión”, *Filosofía y Letras*, núm. 33.

ZAID, G. (1971), *Ómnibus de poesía mexicana*, México, Siglo XXI.

Notas

* Este texto es un fragmento de la conferencia magistral de clausura impartida por la autora en el III Foro Nacional de Educación Ambiental para la Sustentabilidad, realizado en Boca de Río, Veracruz, en octubre del 2012. Por razones de extensión se ha editado la primera parte y algunos segmentos (señalados con corchetes). Para obtener la presentación completa se puede solicitar a la siguiente dirección electrónica: reyesruiz7@hotmail.com y se le hará llegar vía electrónica.